

Un poema que devino ensayo

Estudio de las pérdidas

WILSON PÉREZ URIBE

Pre-Textos, 2022, Valencia (España),
74 pp.

“El mundo tenía la forma del amor
en el rostro de mi madre”

Wilson Pérez Uribe,
Libro de la mirada (2020, p. 51).

POETA. WILSON Pérez Uribe es poeta. Cuando escribe versos, poemas en prosa, ensayos o textos autobiográficos. La corroboración es fácil. Extraigamos del poemario *Libro de la mirada* (Pre-Textos, 2020) estos versos: “La palabra vuelo / se apoya en la palabra rama” (p. 12). “Quiero saber que mis ojos / son dos pequeños anzuelos / donde atrapo a la noche” (p. 36). Del libro de poemas en prosa dedicados a piezas musicales, *Movimientos* (Universidad de Antioquia, 2018), elogiado por Darío Jaramillo Agudelo por “ir de la música a la pasión y viceversa”; citemos “Adagio en C mayor, BWV 564” de Johann Sebastian Bach:

Escribir el tiempo de la luz entre el follaje. Escribir la duración del tacto sobre la piel al ser nombrada. Escribir que no hay un comienzo cierto ni un fin explicable. Escribir que algo nos hiere y nos duele y nos purifica. Escribir para decir lo que se calla. Escribir para callar lo dicho, lo tantas veces ultrajado, lo desnudado, lo apartado. Escribir porque las palabras revelan este instante. (p. 67)

Del ensayo dedicado a Marguerite Yourcenar, uno de los seis sobre mujeres que componen el libro *Escribir, prolongar el tiempo* (revista *Leer y Releer*, n.º 94, Universidad de Antioquia, 2020), traigamos aquí este bello mero-deo sobre la infancia de la ensayista, narradora, poeta y viajera:

Remontemos ese mundo hogareño. Afuera está el huerto donde crecen los naranjos y los limoneros. La niña camina sostenida de la mano de su padre. Esa aventura entre las altas hierbas abunda en olores y sabores. Primero fueron esos tesoros ocultos entre el jardín, cuyo descubrimiento obedecía más

a un ejercicio de la imaginación que al engaño de la cortesía infantil. Luego fue la primera conciencia del mar. La cercanía del agua azul, entre la cordialidad de su marea y la agitación imprevista, les sería grata a Homero, a Ulises y a Kavafis. En el decurso de los años, las costas mediterráneas se revelarían ante ella con su lenguaje humano y divino, acrecentando una experiencia de la contemplación más que de la amistad. (p. 24)

Licenciado en literatura y lengua castellana de la Universidad de Antioquia en 2019, Wilson Pérez Uribe (Medellín, 1992) ha publicado textos en revistas como *Círculo de Poesía*, *Alapalabra*, *La Tagua*, *Literariedad*, *Revista Universidad de Antioquia*, así como en antologías de festivales de poesía. Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, al italiano y al portugués, y tiene publicados, además de los libros antes mencionados, *El amor y la eterna sinfonía del mar* (Hombre Nuevo, 2011), *Interior con luz solar* (Universidad de Antioquia, 2021) y *Estudio de las pérdidas* (Pre-Textos, 2022).

En el más reciente no está el Wilson Pérez experimental de *Movimientos* o *Interior con luz solar*, donde los poemas están tejidos con piezas musicales y obras pictóricas. *Estudio de las pérdidas* es un “cuaderno rural”, un “cuaderno de campo” brindado al lector para que emprenda un viaje de aventuras. Se rastrean pérdidas –la última vaca del padre, un eucalipto anciano, “las piezas de un rompecabezas, el juguete atesorado, la mirada atenta de un animal, la fragilidad de los pájaros, la tierra clareada por el sol, la noche del insomnio, el miedo, la inclinación hacia lo imposible” (p. 20)–. Se encuentran aprendizajes no desdeñables –la vida sin razonamientos, el proceso del crecimiento, nacer adentro como la semilla–. Se establecen órdenes –“primero la escucha, y luego la mirada” (p. 22), “obedecer a lo invisible” (p. 72)–. Se profundiza en la escritura, “que no escarcha”, “que aclara” (p. 40).

En el viaje que es este libro, el lector se va adhiriendo a las páginas al acompañar a un joven hijo de padre y madre, y luego, cuando ya vive en las

páginas, se descubre acompañando a un joven con una madre enferma.

En *Estudio de las pérdidas* campea la paradoja, el pliegue, el dobléz, la simulación. Hay menciones que parecen autobiográficas del autor, y sin embargo no se clausura la posibilidad de que el libro sea un retrato de la Colombia rural para la cual la ciudad solo existe en sueños. El escritor piensa la escritura, y esta lo hace a él; los enseres de la casa campesina, la vegetación del campo, los vegetales y las hortalizas del huerto, se manifiestan más allá de la mano y el ojo que los contemplan. Quien escribe “sobre la biografía campesina de su sangre” es un yo, dice, que “se hace plural” (p. 67).

Estudio de las pérdidas es biografía y enseñanzas; solicitudes de atención a lo vivo y lo viviente, expresadas de la mejor manera, sin ser dichas. La insistencia en el sueño y la imaginación ocurre en los silencios, en las pausas, en las regiones blancas de la página. Las palabras de otros sirven para lanzar invitaciones de manera precisa, como aquellas de Imre Kertész que, pensando en Sándor Márai, recomendaba cada día entrar en contacto con la grandeza mediante la lectura de algunas líneas de Tolstói, escuchar una gran pieza musical o ver algún cuadro o reproducción trascendental.

Estudio de las pérdidas es ensayo, al mejor estilo del género, un texto en el que “se ensaya”. Carece de la continuidad y la coherencia habituales. Los textos son entradas que se apartan o que pueden acercarse, incluso si se encuentran distanciados por algunas páginas. Como estrellas reunidas o no, dependiendo de la función que se le asigne al cielo. Una entrada puede reunir decenas de palabras, y otra tener solo una. ¿Aforismos? Sí. También. Aunque preferimos decir ensayo. Un ensayo poético. Pero “un ensayo poético” sería decir un lugar común. Digamos entonces algo diferente. Volvamos a la primera palabra de esta reseña: poeta. *Estudio de las pérdidas* es un poema extendido que devino en ese tipo de texto que llaman ensayo. Dice y desdice. Se afirma y se niega. “Volver al mí” (p. 27). “Me retiro” (p. 73).

Mateo Navia Hoyos